FF 50 176

Saludos a todos. Esto es Revista de Filosofía, la última revista de filosofía antes de las vacaciones de Semana Santa. Como ya sabéis, Revista de Filosofía es un programa de la sección de filosofía de la UNED que coordinan Francisco José Martínez y Antonio García Santes Mases, y que está con vosotros todos los miércoles a esta misma hora.

Nuestra revista va a ocuparse hoy nuevamente de un libro, un libro titulado La justicia de la guerra y la paz, de Alfonso Ruiz Miguel, catedrático de filosofía del derecho en la Universidad Autónoma de Madrid. Alfonso Ruiz Miguel nos va a acompañar esta noche. Y como no puede ser menos, nuestro programa de hoy va a tratar sobre la filosofía ante el problema de la guerra y de la paz.

Vamos a hablar de los conceptos de paz negativa, ausencia de guerra, y de paz positiva, existencia de la justicia. Y vamos a tratar también, por supuesto, de las raíces económicas, políticas y psicológicas del fenómeno de la guerra. Y para tratar de todo esto, con Alfonso Ruiz Miguel, autor de La justicia de la guerra y de la paz, nos acompaña Antonio García Santes Mases, con quien vamos a dejaros ya.

Buenas noches, tenemos hoy con nosotros a Alfonso Ruiz Miguel, catedrático de filosofía del derecho en la Universidad Autónoma de Madrid, y autor de un libro, La justicia de la guerra y la paz, publicado por el Centro de Estudios Constitucionales de Madrid. Este libro, que es un libro extraordinariamente interesante, por todos los temas que trata, quizás tiene hoy una mayor actualidad por el conflicto del Golfo Pérsico que estamos viviendo estas últimas semanas. En el libro del profesor Ruiz Miguel hay toda una consideración sobre lo que significa el peligro de guerra, cuando el libro está escrito, parece que hay la idea de que el peligro mayor de guerra es el peligro de guerra nuclear.

Y entonces hay toda una serie de capítulos dedicados a este tema del equilibrio del terror, la carrera de armamento, la disuasión nuclear y el conflicto posible entre las dos superpotencias. Hay una dedicatoria donde se habla, dice, de acá a mis hijos que quizás en el futuro vean los temas que aquí se tratan como recuerdo de otra época. Quizás la primera pregunta que le haríamos a Alfonso sería esta, ¿en qué medida, de pronto, toda la escena internacional se ha trastocado? Y más que pensar en el problema de la credibilidad de la disuasión nuclear, en los peligros de la carrera de armamentos, en un conflicto entre las dos superpotencias, hemos visto que más bien parece que queda una sola superpotencia y que los conflictos se establecen en relación a esa superpotencia y, bueno, pues a conflictos en zonas determinadas, por ejemplo, en este caso en el Oriente Medio.

¿Ha cambiado tanto el mundo? Bueno, yo creo que sí, que es cierto que el teatro, como ahora se dice, en relación con la guerra o el escenario también de la política internacional ha cambiado mucho, de un mundo bipolar en el que, bueno, el conflicto fundamental era el que existía entre la Unión Soviética y Estados Unidos y, bueno, debajo de él, con una cierta

multipolaridad pero siempre dependiente de esos dos grandes, de esas dos grandes superpotencias, de ese mundo se ha pasado a un mundo muy distinto, aparentemente, de momento, en el cual efectivamente los Estados Unidos y las potencias más o menos cercanas, aliadas y dependientes de él han adquirido una hegemonía prácticamente indisputada, con matices, tampoco se puede exagerar esto porque eso no quiere decir que haya libertad absoluta y que no haya posibilidad de intervención por parte de otras menores superpotencias, vamos a llamarlas así. Todo eso es cierto. Nada garantiza, sin embargo, que, bueno, las condiciones previas no pudieran volver, sea porque en la Unión Soviética se produzca un proceso de evolución que nos devuelva a una situación similar, sea porque aparezca una superpotencia distinta, emergente, que podría ser, lo digo como aparente fantasía, pero a veces las fantasías se realizan y viendo la historia con un poco de perspectiva y de distancia se puede comprobar, podría ser incluso Europa, una especie de tercera fuerza, que sería ya segunda fuerza, que para mantener el equilibrio internacional produjera esa nueva bipolaridad.

Bueno, lo que parece es que de cara a la Unión Soviética se podría dar una involución dentro de la Unión Soviética, pero de cara a lo que hace el pacto de Varsovia, eso más bien parece que está en una situación de desaparición. Sí, sí, sí, parece que definitivamente, pero también ahí podría haber una involución, también podría haber una evolución. Bien, volviendo al libro, porque estas son las consideraciones generales sobre la situación del mundo cuando se escribió, sí quiero corroborar esto que decías, de que este libro está escrito, está publicado en el año 88, pero está escrito entre 1983 y ese momento, y 1988, porque hubo varios artículos y varias redacciones antes de publicarlo.

Y aquella época, bueno, fue una época en la que en Europa, por lo menos, fue muy importante y muy vivo el debate o la llamada crisis de los euromisiles, si lo recordáis. Era una época en la que, bueno, la instalación de unos misiles de armas nucleares tácticas en Europa para contrarrestar la amenaza soviética, se decía, bueno, pues generaron unos movimientos pacifistas muy fuertes en Alemania, en Inglaterra, en Francia y en España menos, también en Italia, pero que, bueno, hicieron a mucha gente y a mí también adquirir la conciencia del peligro nuclear. Yo me puse a leer sobre ello y, francamente, tengo que decir que este libro está escrito un poco bajo el síndrome jovesiano del terror.

Y eso se nota y creo que, además, está asumido casi expresamente en el final del libro. Por eso, bueno, el libro es el producto de una época como prácticamente ocurre casi siempre, salvo quizá con los libros clásicos, pero tampoco es un libro sobrepasado, diría. Hoy lo he estado releyendo, porque suponía que me ibas a preguntar sobre él, y he visto que salvo dos capítulos que se dedican estrictamente a leer al peligro nuclear y al equilibrio del terror, todo lo demás, bueno, podrá ser discutible, podrá ser más o menos aceptable, pero todo lo demás todavía sigue teniendo sentido.

Sin duda, sigue teniendo sentido. Sin duda, esa es nuestra idea, por eso los capítulos más dedicados al equilibrio del terror, a cargar armamentos, a la disuasión nuclear, los vamos a dejar un poco aparte en este y en un próximo programa, al que ya invitamos a Alfonso Ruiz

Miguel desde aquí, para entrar un poco en los temas que creemos que son de más actualidad de cara al conflicto que se ha producido en el Golfo Pérsico, a otros posibles conflictos que pudiera haber en el futuro. Y entre ellos hay una primera cuestión, ¿qué tiene que decir la filosofía ante el problema de la guerra y la paz? Hay un momento determinado en el texto que tú te refieres al peligro que la filosofía quede en pura prédica moral o en pura utopía milenarista, y entonces ahí se plantea un poco cuál es la tensión entre ética y política, que es un tema recurrente en nuestros programas de esta revista de filosofía, pero que parece que con un tema como el de la paz y la guerra todavía aparece más, porque de alguna forma, como tú recuerdas ahí en el texto de Maquiavelo, no se puede gobernar a base de padres nuestros, entonces parece que la política está abocada al campo del realismo, y entonces ¿en qué quedaría la ética? ¿En una pura intención sin ninguna posibilidad de eficacia? Bueno, estos son problemas enormes, y bueno, en lo que se puede decir así en cinco minutos, yo empezaría diciendo que, bueno, cuando aquí hablo de la filosofía, no hablo de la filosofía con mayúsculas, sino de la filosofía, como ya la entiendo, de una cierta aproximación filosófica, que bueno, en parte coincide con lo que yo creo que debe ser toda filosofía, pero que no es necesariamente la filosofía con mayúsculas.

Sí, yo decía ahí, y creo que se debe seguir manteniendo, que la filosofía debe apartarse tanto de la prédica moral como del ilegalismo, del utopismo simplificador y fácil, lo cual viene a conducir, me parece, a un mismo punto, que es que la filosofía debe ser fundamentalmente reflexión, que la filosofía debe ser reflexión, quiere decir, pues, que al final da, o tiene mucha menos importancia, o casi da igual la respuesta que se pueda llegar a dar a propósito de un determinado conflicto, como puede ser el actual, porque lo importante es, digamos, la fundamentación que se hace de esa respuesta. El grito del predicador o del manifestante, yo no digo que no tenga importancia, que no tenga interés, o que no tenga validez, digo que simplemente no es el punto de vista de la filosofía. Y bueno, ese es el punto de partida que quería destacar.

De cara a la fundamentación de cualquier posición que se pueda tener, parece esencial plantear primero qué definición hacemos de paz y qué definición hacemos de guerra, en la filosofía ante la paz y la guerra, la filosofía ante la justicia, la paz y la guerra. ¿Qué entendemos por paz? Tú ahí en el libro, yo creo, expresas bastante bien el problema de una definición negativa y otra positiva de paz. La definición positiva de paz, la paz es el reino de la justicia, el reino del amor, de la comunión entre los hombres, no podrá haber verdadera paz si no hay reino de la justicia, pero tú más bien te inclinas por una definición negativa, la paz como ausencia de guerra, es decir, la paz como el momento donde no se produce el conflicto.

Planteando la cosa así, entonces se plantea, quizás, en este tipo de distinciones analíticas, que yo creo que son muy cuidadosas en tu obra, bueno, ¿dónde está la raíz de la guerra? Es decir, ¿por qué precisamente los hombres han vivido no ya en la paz positiva sino ni siquiera en la paz negativa durante tanto tiempo? Y tú ahí expresas al menos tres posibles interpretaciones de dónde estaría la raíz de la guerra. Me gustaría que habláramos sobre ellas. Una interpretación más vinculada a la naturaleza humana.

Hay toda una idea de que de alguna forma el hombre y a la propia naturaleza humana hay ese carácter de fiera, ese carácter salvaje. Entonces, bueno, esa interpretación que unos llamarían que es más biologista, más zoologista, más psicologista, sería una primera interpretación. Después habría una segunda interpretación más economicista, donde se explica más bien las raíces económicas, sociales de las guerras, incluso cuando se plantea la vieja tesis de la izquierda clásica, de que mientras haya capitalismo habrá violencia y habrá guerra, que tú matizas, criticas, refutas, planteando que también se han seguido planteando guerras, incluso en conflictos entre regímenes no denominados comunistas.

Y la interpretación más vinculada a la propia idea del Estado, la interpretación más politicista, digamos. Entonces nos puedes hablar un poco de estas tres interpretaciones. ¿En qué medida crees que siguen teniendo vigencia interpretaciones vinculadas a la naturaleza humana, a la raíz económica, a la raíz política? Sí, bueno, las tres son las tres explicaciones básicas que no tienen nada que ver, o que en principio no tienen nada que ver con la justificación de la guerra, que pretenden dar una explicación.

Están simplemente en el plano de las supuestas causas y no en el de las razones, en el de la justicia. Eso conviene dejarlo claro. Bueno, las tres en definitiva tienen grandes argumentos y tienen cierta verosimilitud.

Quiero decir, la naturaleza humana, o la idea de que en la naturaleza humana hay una agresividad innata, que puede ser mayor o menor según los momentos, según las personas, según las circunstancias históricas, pues es innegable y es la base sobre la que, bueno, como punto de partida pues existe violencia. Pero explicarlo a partir de la agresividad humana da una especie de necesitarismo, supone una especie de predeterminación absoluta hacia la violencia o hacia la manifestación de esa agresividad en violencia física, en violencia armada, que no creo que sea cierta, que no estamos condenados realmente, que hay formas de organización de la conducta humana que aun contando con esa agresividad o supuesta agresividad innata, que yo creo que al final es variable y que depende de muchas condiciones, pues podrían permitir superar los conflictos bélicos y la violencia en general. En cuanto a las interpretaciones economicistas, cómo negar que ha habido guerras en las cuales el interés y la causa predominante ha sido la economía, desde un punto de vista o de otro.

¿Cómo negar que en toda guerra siempre hay también causas o en todo caso resultados que se terminan aprovechando de carácter económico? Todo esto es cierto. Pero privilegiar como causa absoluta la economía, como se ha hecho a veces desde sectores liberales o desde, por otro lado, desde algunas concepciones marxistas, como hizo por ejemplo la concepción pacifista internacionalista de la Segunda Internacional, pues es un reduccionismo. Me parece que no es adecuado para explicar todas las guerras.

Que hay guerras en las cuales las causas predominantes no son las económicas y las guerras religiosas pueden ser un ejemplo de ello. A mí la explicación que más me convence es la que hace residir en definitiva la causa de las guerras en la diversidad política internacional, en la

diversidad de estados y en la dinámica propia de esa diversidad de estados, que conduce a que especialmente los estados más poderosos estén en una pugna por la competencia, en el estatus, en el prestigio, en el poder. Aquí hay un texto en la página 71 de de Bakunin, especialmente significativo y especialmente interesante.

Es un texto porque dice, en el fondo, la conquista no sólo es el origen, es también el fin supremo de todos los estados, grandes o pequeños, poderosos o débiles, despóticos o liberales, democráticos y socialistas también, suponiendo que el ideal de los socialistas alemanes, el de un gran estado comunista, se realiza alguna vez. ¿Qué es el estado si no la organización del poder? Pero en la naturaleza de todo poder, aquí sí que parece un tema importante, que era lo que hablamos al principio del programa, está la imposibilidad de soportar un superior o un igual, pues el poder no tiene otro objeto que la dominación. Por consiguiente, entre todos los estados que coexisten uno junto a otro, la guerra es permanente y su paz no es más que una tregua.

Yo creo que Bakunin tiene razón, que Bakunin está representando la idea de Hobbes de los estados en la situación del estado de naturaleza. Los estados están en potencial guerra de todos contra todos y que no es otra tampoco que la de Norbert Elias en sus múltiples reflexiones sobre la condición humana en relación con la guerra o sobre la organización pluriestatal. También piensa que en definitiva es la lucha por el poder y la competencia por el poder internacional la que está detrás, otras con causas posibles que pueden variar en cada caso, la que está detrás.

Pero fíjate que es una lucha y que además de esa competencia entre estados, después, más allá de una interpretación u otra de la naturaleza humana, implica una determinada forma de legitimación. Después hablaremos de las justificaciones de las guerras. Pero hay un texto muy bonito de Sánchez Ferlosio que sacas aquí, donde dice la guerra es el momento de plenitud, de saltación y euforia de los pueblos, de su autoafirmación y cumplimiento, pues el antagonismo es la raíz de toda identidad.

Identidad es negación, ensecración y destrucción del otro y el otro siempre es el malo sobre quien se expulsan y proyectan todos los propios demonios interiores. ¿Se podría decir que este texto de Ferlosio refleja de alguna forma en esa competencia entre los estados el tipo de legitimación ideológica que buscan los distintos estados para mantener su propia identidad? Bueno, efectivamente lo que yo creo que está describiendo Ferlosio ahí es la competencia entre grupos y por lo tanto la afirmación de la identidad, especialmente en el mundo moderno a través del nacionalismo, a través del nacionalismo como ideología encubridora y excitadora de esa identidad alrededor de la fórmula política del estado nacional. Eso es... Pero oye, pero Alfonso, pero esto no plantearía el problema de que aunque decíamos al principio que la filosofía no puede ser puramente prédica moral o utopía milenarista, que los sueños de paz perpetua o los sueños de una constitución de gobierno mundial es una pura utopía que no tiene... Si efectivamente partimos de la idea de que hay esta naturaleza humana o que el sistema de estado funciona de esta forma y de esta forma jovesiana en las relaciones

internacionales, ¿qué queda de la idea de la ética como una ética universal? Sí, bueno, yo creo que esto no es o no produce un conflicto inevitable, un mundo que perpetuará necesariamente esta organización política.

Hombre, con grandes precauciones y dudas, pero yo no creo que todo esto esté fundado en la naturaleza humana o que la organización política tal y como ha funcionado sea necesaria e inevitable. A mí me parece que la posibilidad de pensar en la evitación de las guerras puede venir dado por la misma solución jovesiana, la solución que Hobbes propuna para el interior de los estados, para introducir la paz entre los individuos, podría llegar a través de, bueno, la instauración de un poder superior que apaciguara o estableciera paz entre esos individuos enormes y ultrapoderosos que son los estados. Estoy hablando en cierto modo del estado mundial, utopía o aparente utopía que, bueno, hoy parece desacreditada y en la que nadie cree, pero yo creo que entre la utopía de ese estado mundial que a veces aparece en las novelas de ciencia ficción y, bueno, la realidad muy insuficiente y con grandes deficiencias a veces de la sociedad de naciones primero después de la segunda guerra mundial y de la organización de naciones unidas después de la segunda, bueno, hay un camino, hay unas posibilidades en las cuales sí se pueden establecer quizá fórmulas o si se puede pensar en que esas fórmulas puedan llevarse a cabo y ser eficaces para detraer, por lo menos en parte, la capacidad, la enorme capacidad de violencia de los estados y por lo tanto limitar también su soberanía.

Pero la propia organización de naciones unidas, tú te refieres en algún momento de terminar el texto al problema, por ejemplo, del derecho de veto de las grandes naciones, a que la propia jerarquía, el sistema de poder existente queda de alguna forma reproducido en la propia organización, es decir, es una organización simétrica, ¿no? No, no, por supuesto, tiene muchísimas insuficiencias y entre otras, bueno, la de que su eficacia está siempre supeditada al acuerdo de los cinco grandes, precisamente por la existencia del veto. No, estoy diciendo que en un largo camino se pueden llegar a superar algunas de las deficiencias de naciones unidas y, bueno, conseguir una organización internacional lo suficientemente poderosa como para estar por encima de los de los estados. En el límite hay que plantear la posibilidad también de si, bueno, la existencia de una superpotencia absolutamente hegemónica no conlleva, por otra vía, en cierto modo, a la creación de una especie de estado mundial en germen, ¿no?, de imperio absoluto y que, por lo tanto, podría imponer una Pax Romana.

De modo que la utopía quizá no sea tan irrealizable. Lo que ocurre es que probablemente no sería tan bella como hemos supuesto, como deseamos. Porque, bueno, pensar en que un estado mundial, además de garantizar la paz, pudiera garantizar la justicia y organizar las relaciones entre todos los hombres de modo democrático, ese es el ideal y por lo que habría que luchar, pero eso, bueno, desde luego tiene todos los visos de ser una utopía en el sentido de irrealizable, ¿no?, en el sentido de sueño, de la razón.

Bueno, invitamos a Alfonso Ruy Miguel a un próximo programa para poder seguir hablando de todos estos temas. Nada más y muchas gracias. Bueno, pues como siempre, se nos acaba el

tiempo.

Nos queda lo justo para agradecer su presencia Alfonso Ruy Miguel, autor del libro La justicia de la guerra y la paz, que volverá a acompañarnos en el próximo programa que, por supuesto, va a ser después de las vacaciones de Semana Santa. Por nuestra parte, nada más recordaros que nuestro próximo programa va a ser el 3 de abril, que estaremos de nuevo aquí a la misma hora con una nueva revista de filosofía.